

# El petróleo a fines de siglo

Víctor L. Urquidi\*

Con objeto de contribuir a entrever el papel que desempeñará el petróleo en la economía de México y del mundo en el año 2000 —límite de un período medio de proyección y, por tanto, cuando se apreciarán los resultados de acciones que deberán ejecutarse en el futuro inmediato—, conviene repasar algunos datos básicos. En todo ensayo de proyección suelen tenerse en cuenta tendencias de períodos recientes, matizadas con interpretaciones de la situación de corto plazo, y con ciertas hipótesis sobre posibles cambios previsibles en la situación estructural.

## Los hidrocarburos en México

En el presente, México cuenta con casi 7% de las reservas mundiales de petróleo y 2% de las de gas natural; las primeras representan 58% de las totales de América Latina, y las de gas natural, 40%.<sup>1</sup> Por otro lado, el consumo de petróleo crudo en México en 1984 (18% mayor que el de Brasil) representó 29% del total de la región; el de gas natural, que significó diez veces el de Brasil, constituyó 40% del total de América Latina. Así, la

1. Véase Mariano Bauer, *Energy Cooperation in Latin America and the Caribbean: Present Status and Future Possibilities*, ponencia presentada en el International Scientific Forum on Fueling the 21st Century, Moscú, del 30 de septiembre al 6 de octubre de 1987 (México, UNAM, Programa Universitario de Energía, Coordinación de la Investigación Científica).

economía mexicana utiliza buena parte de las reservas de petróleo y gas de América Latina. El consumo per cápita de petróleo es semejante al de Argentina, y casi 75% superior al de Brasil; el de gas natural es inferior en casi 20% al de Argentina, pero 16 veces el de Brasil. En consecuencia, México es un país que consume hidrocarburos en forma intensiva. Suponiendo que la tasa de incremento del consumo de petróleo crudo y gas natural en México fuera durante los próximos doce años de 5 a 6 por ciento anual —lo que significaría un incremento acumulado en el año 2000 de más de 80%—, puede preverse que se reduciría la relevancia actual del país como fuente de hidrocarburos en América Latina y que, posiblemente, dejará de participar de modo importante en el comercio mundial de petróleo crudo, a menos de que se descubran grandes yacimientos de hidrocarburos en el país en condiciones de fácil explotación comercial.

A este panorama debe sumarse que México no posee grandes reservas de carbón (en comparación con Brasil y Colombia) ni medios para utilizar adecuadamente los recursos hidroeléctricos (en comparación con Brasil, Colombia, Ecuador o Perú) ni, por

\* Profesor-investigador de El Colegio de México, quien presentó este trabajo en el ciclo de conferencias "50 Años de Expropiación Petrolera", organizado por Petróleos Mexicanos y el Instituto Mexicano del Petróleo, el 16 de mayo de 1988.

lo demás, grandes reservas de uranio ni tiene en marcha un amplio programa de desarrollo de la energía nuclear. Añádase que México es el segundo productor —y consumidor— latinoamericano de leña, aunque no el de mayor consumo per cápita.<sup>2</sup>

La primera conclusión es que, en materia energética, la economía mexicana tendrá que descansar los próximos doce años —y con seguridad más allá del año 2000— sobre todo en sus reservas y producción de hidrocarburos. Es más, si se abatiera el consumo de leña, se tendría que reemplazarla por hidrocarburos o electricidad (generada ésta en parte con hidrocarburos). Aunque podría preverse un mayor uso de la geotermia y de la energía solar (ésta sobre todo para calefacción del agua y cocimiento), no se alteraría el cuadro general.

### El mercado mundial de petróleo

Cabe introducir variantes en relación con las tendencias y proyecciones de la economía mundial, en particular en materia energética, pues México participa actualmente con alrededor de 8% del comercio internacional de petróleo crudo, y sus mercados son principalmente los países industrializados (Estados Unidos, Japón y la CEE).

Se prevé que la economía de los países muy industrializados (los de la OCDE) crecerá a una tasa media anual de 2 a 2.5 por ciento en los próximos cinco a diez años. En las circunstancias actuales, y teniendo en cuenta los efectos de las fluctuaciones del precio internacional del petróleo en el período 1973-1981, en especial sobre la conservación de energía y la sustitución de hidrocarburos por otras fuentes, no se espera que la demanda de petróleo de dichos países se incremente a más de 1% anual. Antes bien, algunas proyecciones suponen que se reducirá en términos absolutos. Se afirma también que la demanda de energéticos en los países en desarrollo no podrá crecer a tasas mayores, para el conjunto de los países y en promedio, de 3%.<sup>3</sup> La conclusión sobre este escenario, que parece probable, es que —no obstante el incremento del consumo de algunos de los países en desarrollo, como México, que son productores y exportadores— perdurará un excedente internacional de petróleo crudo, una sobreoferta que propiciará precios relativamente estables, y aun bajos, en los mercados internacionales.

En el XIII Congreso Mundial de Energía de 1986 se escuchó por doquier el punto de vista de expertos de los miembros de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo en el sentido de que, en vista de los pronósticos y de la visión global de los problemas energéticos, aspiraban a que los precios del petróleo crudo se mantuvieran entre 16 y 18 dólares el barril, y que pugnarían por conservarlos relativamente estables.

2. *Ibid.*

3. Véase Pierre Despraires, *Problemas mundiales de la energía a principios y a mediados del siglo XXI* (versión al español de una ponencia presentada en el International Scientific Forum on Fueling the 21st Century), en Cuadernos sobre Prospectiva Energética, México, El Colegio de México, Programa de Estudios sobre la Prospectiva Internacional en Relación con la Política Mexicana de Energéticos, núm. 111, México, noviembre de 1987, y Herman T. Franssen, "La perspectiva petrolera mundial hasta el año 2000", en Miguel S. Wionczek (coord.),  *Mercados mundiales de hidrocarburos: situación presente, perspectivas y tendencias futuras*, El Colegio de México, Programa de Energéticos, México, 1983, pp. 55-79.

Si se supone una inflación mundial en los próximos doce años de 3 a 4 por ciento anual, el precio del petróleo en el año 2000 tendría que oscilar entre 23 y 28 dólares por barril para equivaler al poder de compra que tiene en la actualidad. Ya que la relación general de precios de intercambio de los productos básicos respecto a los productos industriales del Norte probablemente será negativa, ese rango de precios nominales del petróleo significaría para los países hoy exportadores un precio real (es decir, descontados la inflación internacional y el deterioro de la relación general de precios de intercambio) inferior al actual, tal vez de 10 a 12 dólares el barril según el poder de compra de hoy.

Si se da por cierto este escenario, de mantenerse la exportación mexicana en 1.3 millones de barriles diarios en promedio hasta el año 2000, el país obtendrá mucho menos divisas con el poder de compra actual que las que genera hoy día, las cuales apenas rebasan 6 000 millones de dólares al año. En estas condiciones, por más que la exportación de petróleo crudo continúe siendo importante para México, la vitalidad económica de su desarrollo en los próximos doce años tendrá que depender mucho más que en el presente de las exportaciones no petroleras, o sea de las manufacturas y los productos agropecuarios, así como de los ingresos netos por maquila y turismo.

Lo anterior requiere que México disponga de excedentes suficientes de petróleo crudo durante los próximos doce años. Sin embargo, esto podría no ocurrir si no se reanuda la exploración y la explotación a ritmo adecuado de nuevos campos de hidrocarburos; disminuye la productividad de los campos actuales; se incrementa el consumo interno a una tasa mayor que la supuesta; se carece de una política eficaz de conservación de hidrocarburos; se da mayor prioridad relativa a la industria petroquímica para consumo interno y exportación, o hay cualquier combinación de estos factores. En tal caso, la contribución neta del petróleo crudo a la entrada de divisas por exportación de bienes —que hoy es de una cuarta parte de la total— bien podría reducirse a cifras pequeñas, o desaparecer. En tal caso, las importaciones que la propia industria petrolera requiere no podrían financiarse con dicha aportación y habría que obtener financiamiento del exterior, a menos que otras exportaciones crecieran lo suficiente para reemplazar en esa función a las petroleras.

Hace algunos años —y se escucha todavía tal idea— se suponía que pasado el período de desequilibrio e inestabilidad de los mercados internacionales en los ochenta, se llegaría a una situación de "escasez" a mediados del siguiente decenio que haría elevarse de modo apreciable, en términos reales, el precio del petróleo; sin embargo, ésta no es una hipótesis que tenga hoy muchos partidarios. Aparte del relativo estancamiento en que se encuentran las economías de los países industrializados y de los factores estructurales que han debilitado su demanda de hidrocarburos, se aduce que las reservas probadas son considerablemente superiores a las que se estimaban aun a fines de 1986, debido no sólo a los nuevos descubrimientos sino a la simple revisión y corrección de datos anteriores.<sup>4</sup> Por consiguiente, incluso si México lograra tener cuantiosos excedentes exportables, se tendrían que vender a precios reales reducidos, lo que entraña una menor aportación del petróleo a la generación de divisas para fi-

4. Véase Miguel S. Wionczek, *The Oil Market and Economic Progress in Third World Countries*, ponencia presentada en un seminario celebrado en Bergen, Noruega, el 3 de mayo de 1988.

nanciar el desarrollo nacional. Mayor razón, en este caso, para acentuar el cambio estructural hacia la exportación de manufacturas y otros bienes y servicios.

### La deuda externa y el petróleo

Para México, así como para otros países con elevada deuda externa, el servicio de ésta, tan sólo por pago de intereses, ha representado de 5 a 7 por ciento del PIB, o sea, de 30 a 40 por ciento del ahorro interno bruto. Mientras subsista esta situación y las negociaciones de la deuda externa de los países en desarrollo no ofrezcan un alivio sustancial al lastre que representa, las posibilidades de que un país como México reanude su desarrollo económico —no sólo el crecimiento de su PIB por habitante, sino su cambio estructural— son muy limitadas. En tanto ello ocurre, la demanda interna de energéticos aumentará con menor rapidez que la prevista, quizá menos de 5% anual, lo que permitiría por lo menos mantener los niveles de exportación de petróleo crudo que se registra en la actualidad. Sin embargo, paradójicamente, ello contribuiría a debilitar el precio internacional del petróleo, en tanto que la economía de México continuaría en el estancamiento en que ha estado durante los últimos seis años, lo cual redundaría a mediano plazo en un deterioro de la capacidad de la propia industria petrolera para contribuir al desarrollo, al cambio estructural y, por consiguiente, al mejoramiento de los niveles de vida.

En discusiones internacionales recientes se ha destacado más que antes lo que significa el endeudamiento externo de los países en desarrollo, y en particular el pago de intereses, para las posibilidades de crecimiento de esas economías. Se ha señalado también el hecho, no solucionable en el corto plazo, de que la tasa de incremento medio anual de la población de los países en desarrollo en su conjunto continúa siendo superior a 1.7% anual. Si estos incrementos representan una demanda potencial de energía, no necesariamente significan suficiente capacidad de crecimiento de las economías respectivas para sufragar el mayor costo real de dicha demanda, sobre todo en los países que no producen petróleo o que requieren efectuar importaciones netas.<sup>5</sup>

A este respecto, la perspectiva es que la población mexicana mantendrá, aun a fin de siglo, un incremento ligeramente superior a 1% anual si la fecundidad sigue descendiendo como en los últimos diez años. Sin embargo, mientras el servicio de la deuda externa continúe restringiendo la capacidad de ahorro e inversión del país, no cabe esperar un mejoramiento generalizado del nivel de vida ni un crecimiento del empleo productivo de la fuerza de trabajo.<sup>6</sup>

En otros términos, pese a la gran riqueza de hidrocarburos de México, no será muy grande su contribución al aumento del ingreso por habitante en los próximos doce años, ni a una disminución de la actual desigualdad económica y social. Una economía que marcha hacia condiciones generalizadas de desempleo abierto y subempleo masivo difícilmente asegura un uso adecuado de la energía para elevar los niveles de vida.

5. Pierre Despraires, *op. cit.*

6. Véase Saúl Trejo Reyes, *Empleo para todos: el reto y los caminos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

### Conclusiones

Lo anterior, como toda prospectiva, puede contrariarse por hechos inesperados, cambios radicales de política económica, mutaciones tecnológicas y sociales, transformaciones de la situación internacional. Añadir estos ingredientes al escenario futuro sería un ejercicio demasiado aventurado. El porvenir no suele cambiar tan radicalmente como algunos desearían, pues está determinado en parte por factores estructurales relativamente rígidos provenientes de la experiencia pasada.

No puede decirse, en una retrospectiva de varios decenios, que México, pese a la nacionalización de la industria petrolera hace 50 años, haya sido capaz de formular estrategias sólidas de desarrollo a plazos mediano y largo. Si lo hubiera hecho, no nos habríamos encontrado a principios de los años setenta ante el problema de volvernos importadores netos de petróleo crudo, tal como ocurrió en 1973, cuando la OPEP provocó el primer gran aumento del precio internacional de los hidrocarburos. Ello quiere decir que en los años sesenta México subestimó sus necesidades futuras de petróleo y no logró destinar suficientes recursos financieros y materiales a la exploración y el aprovechamiento del petróleo y el gas natural.

Con posterioridad, gracias a los nuevos hallazgos de reservas comerciables de inmediato y a la acción internacional de la OPEP, México entró en un auge sin precedente de producción y desarrollo del sector petrolero, con exportaciones que llegaron a 16 000 millones de dólares en 1981. Fue un período relativamente corto de expansión, obtenido a un costo de inversión aparentemente excesivo y acompañado de políticas económicas, monetarias y financieras no sustentables a mediano y a largo plazos, en un ambiente internacional inestable. En lo interno, no se implantó, como elemento de ahorro e inversión futura, una política de conservación y eficiencia en el consumo de hidrocarburos. Al fin, el excesivo y oneroso endeudamiento externo predominó en el escenario económico y financiero y determinó el actual dilema a que se enfrenta la economía nacional en cuanto a su desarrollo futuro.

La aleccionadora conclusión que se deriva de esta experiencia, aunque tarda a la luz de la perspectiva energética mundial, es que la oportunidad de transformar la economía y la sociedad mexicanas mediante los hidrocarburos ha pasado ya a la historia. De aquí en adelante no será sino uno de muchos elementos —entre ellos la educación, el desarrollo tecnológico autónomo, la capacidad empresarial, la eficiencia del sector público, la selección de prioridades estratégicas para las inversiones pública y privada, la utilización del potencial agropecuario, etc.— que permitan reanudar el desarrollo y mejorar el nivel de vida, objetivo que siempre ha estado vigente, pero que todavía no se cumple.

No obstante, la nacionalización del petróleo hace 50 años sigue siendo la base de una política congruente y racional en materia de hidrocarburos que, a la luz de la cambiante perspectiva internacional, proporcione a la economía y a la sociedad mexicanas importantes beneficios en las etapas futuras de industrialización en lo que respecta al aprovechamiento de los recursos naturales renovables, el fortalecimiento de la capacidad de los recursos humanos y la protección y valoración del ambiente. Esperemos que no sea demasiado tarde para hacer del sector petrolero un componente más eficaz del desarrollo mexicano. □